



ORACIONAL de la Familia Mariannhill

Fascículo N.º 55



© MARIANHILL [USA-Canadá]

CAPÍTULO XV:
Beato Engelmar Hubert Unzeitig
Sacerdote Misionero de Mariannhill
y Mártir de la Caridad [VI]

NOVENA AL BEATO ENGELMAR HUBERT UNZEITIG [1911-1945]

SACERDOTE MISIONERO DE MARIANHILL
Y MÁRTIR DE LA CARIDAD
EN EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE DACHAU [ALEMANIA]



FOTO: CARMEN BORREGO MUÑOZ [España]

“El horario, que tenemos, hace que el tiempo se nos pase volando: nos acostamos pronto y nos levantamos temprano. Entre comer, asistir a la Santa Misa, dormir, la bendición de la tarde y el rezo del breviario... la vida se torna bastante variada... Intento aprovechar el tiempo lo mejor que puedo para la perfección espiritual y religiosa. En mi programación, la oración y la penitencia ocupan un lugar muy destacado. A diario os encomiendo a Dios con todo fervor en la Santa Misa”.

*[P. Engelmar H. Unzeitig CMM/
CC Dachau, 7 de septiembre de 1941]*

Padre nuestro, que estás en los cielos, sabemos que no encontraremos realización plena y descanso definitivo hasta no dar contigo y en Ti vivir para siempre. Nos has creado con una inquietud religiosa, imposible de sofocar. Contigo nuestra vocación humana alcanza su más alta y plena realización. Tú eres nuestro porvenir más cierto.

Tu Hijo Jesucristo nos enseñó a adorarte a Ti, como el único Dios vivo y verdadero, y a reconocerte como Padre. A fin de superar todo aquello que pudiera apartarnos de Ti, aconsejó en su Evangelio vivir en pobreza, castidad y obediencia; género de vida que Él mismo y su Madre llevaron mientras estuvieron entre nosotros. Algunos fieles cristianos hacen total consagración de sus personas a Ti, como a su único Bien, su único Amor y su único Señor. Al escoger este género de vida, nos recuerdan a todos que el único valor absoluto eres Tú y que sólo en Ti encontraremos realización y plenitud.

Tu siervo Engelmar, desde niño y con la mayor naturalidad, fue integrando en su vida todo lo que su madre le enseñaba y todo lo que oía en la parroquia y en la escuela acerca de Ti. Su piedad le llevaba a rezar con asiduidad y a recibir con frecuencia los sacramentos. Hizo de Ti la razón de su vida y, secundando lo que aconseja tu Hijo en el Evangelio, se consagró por entero a Ti, viviendo en pobreza, castidad y obediencia.

En Dachau, ciudad sin Dios y, por ello, terriblemente inhumana, tu siervo Engelmar fue un religioso fiel. Él, con los otros 3.000 sacerdotes y religiosos allí prisioneros, dio testimonio de que Tú estás por encima de todo e –ironías de la vida– convirtieron a Dachau en el convento más grande del mundo. En medio de la agitación, de la angustia y del sufrimiento del Campo de Concentración, Tú seguiste siendo para él el norte de su existencia y él, viviendo en tu presencia, seguía obrando con la más recta y pura de las intenciones. En sus cartas nos dice que su cielo era poder asistir cada día a la celebración de la Misa, tratar contigo en la oración y rezar el Breviario y el Rosario.

Los que le conocieron hablan de su silencio, de su recogimiento, de su piedad, que lo llevaba a pasar por la capilla cada vez que volvía del trabajo o antes de retirarse a descansar. Allí, en Dachau, dio testimonio con su misma vida de consagrado de tu primacía sobre los hombres y sobre todas sus cosas.

Por intercesión del Beato Engelmar te pedimos, Padre Bueno, que nos ayudes a nunca olvidarnos de Ti; a mantener viva la unión contigo mediante una vida sacramental pujante y orando con piedad sincera y auténtica.

Y por la intercesión de este siervo tuyo, que fue un religioso fiel en medio de aquella situación atea e inhumana, que era Dachau, concédenos la gracia por la que estamos haciendo esta novena. Así sea.

DÍA SEGUNDO: SACERDOTE COMPASIVO

“Cada día podemos comprobar lo mucho que se está rezando por nosotros y cómo Dios lo dirige todo de manera maravillosa. Pero, como ya dije anteriormente, yo también espero ser capaz de trabajar para la eternidad desde aquí. Dondequiera que uno se encuentre tiene la oportunidad de ir ganando en experiencia e ir desarrollando nuevas ideas, pues todavía me queda un largo camino que recorrer para venir a ser otro Cristo, es decir, un pastor de almas como Él”.

*[P. Engelmar H. Unzeitig CMM/
CC Dachau, 25 de enero de 1942]*

Padre nuestro, que estás en los cielos, Tú prometiste darnos un pastor según tu corazón: un pastor bueno, que nos llevaría a prados de hierba verde y a los arroyos de agua limpia y fresca; que nos buscaría, en caso de extraviarnos; que nos iba a curar, cuantas veces estuviéramos heridos; que nos defendería, cuando se acercara el enemigo; que nos iba a animar, si nos sintiéramos cansados; que nos conduciría, en fin, por camino seguro hacia el refugio que nos aguarda.

En tu Hijo Jesucristo nos diste un buen Pastor con corazón grande y entrañas de misericordia; nos entregaste a un Sacerdote compasivo, que iba a reconciliar contigo a toda la humanidad. Se ofreció en sacrificio como víctima verdadera por nosotros y en la Cruz ofició la más bella de las liturgias, intercediendo por nosotros. Gracias al amor de este Pastor y a la compasión de este Sacerdote el acceso al cielo ha quedado abierto para todos y para siempre.

Tu siervo Engelmar sintió de joven la llamada a ser sacerdote de tu Hijo. Viendo en el seminario todo lo que entraña la formación sacerdotal, se fue preparando con seriedad para ello. Una vez ordenado, ya en la parroquia que se le encomendó, desplegó todo su celo pastoral, preparando con esmero sus homilías, catequesis e instrucciones religiosas escolares; celebrando con piedad la divina Liturgia; atendiendo las más variadas necesidades de sus feligreses.

Pero fue en Dachau donde Tú quisiste que tu siervo Engelmar pasara la mayor parte de su vida sacerdotal. Allí, como cordero inocente camino del matadero, fue conducido y, allí, sufrió humillaciones y torturas por ser sacerdote; allí vivió un sacerdocio escondido, como escondida fue la vida de tu Hijo mientras vivió oculto en el hogar de Nazaret.

Siendo todo un pastor, en las últimas semanas de su vida pudo ejercer su sacerdocio de modo heroico entre los enfermos contagiados de tifus, que estaban confinados en barracones de aislamiento. Desoyendo amenazas y prohibiciones, asistía a los enfermos y moribundos con el consuelo de tu Palabra y de los Sacramentos. Con talante tranquilo y apacible les hablaba de Ti, les oía en confesión y les ungía para el último viaje. Siendo buen samaritano vino a ser buen pastor y sacerdote compasivo entre aquellos prisioneros y enfermos del Campo de Concentración de Dachau, que vino a ser, de hecho, su parroquia.

Por intercesión del Beato Engelmar te pedimos, Padre Bueno, envíe a tu Iglesia, para la vida del mundo, sacerdotes con un corazón a la medida del Corazón de tu Hijo, el Buen Pastor; sacerdotes, que sean valientes evangelizadores y servidores desinteresados.

Y por intercesión de este siervo tuyo, que se comportó como un sacerdote compasivo en medio del horror de Dachau, concédenos la gracia por la que estamos haciendo esta novena. Así sea.

DÍA TERCERO: MISIONERO ENTRE PRISIONEROS

“Igualmente rezo por vuestras intenciones y preocupaciones, así como por las de la Iglesia entera... Ello me facilita poder informar de aliento apostólico la estrechez de nuestra mirada y me mantiene unido con todos aquellos que se encuentran rezando y ofreciendo sacrificios en casa o en otros lugares... De tal forma que uno puede venir a ser un activo misionero, aunque no esté en misiones; porque, en definitiva, sólo la gracia de Dios puede convertir a otros.”

[P. Engelmar H. Unzeitig CMM /
CC Dachau, 14 de noviembre de 1943]

Padre nuestro, que estás en los cielos, Tú has querido contar con la colaboración del hombre para poder realizar tu propósito y plan de Salvación. Toda la Historia de la Salvación, en sus etapas y acontecimientos, refleja tu deseo de salvar a todos los hombres y en ella se registran todas las colaboraciones, que tanto hombres como mujeres te han ido ofreciendo a lo largo del tiempo.

Tu mismo Hijo Jesucristo, que realizó cabalmente su misión, sigue contando con la Iglesia, que, animada por el Espíritu Santo, tiene que anunciar y aplicar el Evangelio de la Salvación en cada corazón humano, en cada raza, lengua, pueblo y cultura. En el seno de esta Iglesia, misionera por su misma naturaleza, todos los fieles cristianos son misioneros de la mejor de las noticias, la del Evangelio. Colaboran en la extensión y aplicación de la misma, conscientes que están prestando al hombre el mejor de los servicios.

Tu siervo Engelmar, leyendo de joven revistas misioneras, se sintió impulsado a ser misionero. Dejando todo lo que para él era más querido, pidió ser misionero en el seno de la familia religiosa de Mariannhill, siguiendo las huellas del Abad trapense Francisco Pfanner y de sus monjes misioneros. Soñaba con ir a las misiones de África del Sur, pero no tenía más de 30 años cuando fue encerrado en Dachau. Y allí, entre alambres de espino, iba a ser misionero.

Durante los años de reclusión en Dachau tu siervo Engelmar nunca perdió la conciencia de su identidad misionera y como misionero vivía, actuaba y hablaba. Aquel Campo de Concentración se convirtió en su África y, siendo misionero entre prisioneros, vio cumplidos sus sueños vocacionales. Él mismo nos ha confiado que su pasión misionera le llevaba a orar y sacrificarse, detrás de las alambradas, por el bien de los hombres y mujeres que vivían fuera de ellas.

Testigos de su entrega afirman que tenía una especial disposición para ayudar a los que alimentaban inquietudes religiosas. Con alguno de ellos conversaba durante las horas de la noche, como Jesús lo hizo con Nicodemo. Su celo misionero le llevó a estudiar la lengua rusa y a traducir a ella pasajes de la Sagrada Escritura, del Catecismo y de libros espirituales, con el fin de ayudar a los prisioneros rusos allí confinados. Hizo en Dachau lo que hubiera hecho en África.

Por intercesión del Beato Engelmar te pedimos, Padre Bueno, que nos ayudes a ser emprendedores y generosos misioneros de tu Reino: con el testimonio de vida y la palabra, con la oración y el sacrificio, con los de cerca y con los de lejos.

Por intercesión de este siervo tuyo, que fue misionero entre los prisioneros de Dachau, concédenos la gracia por la que estamos haciendo esta novena. Así sea.

DÍA CUARTO: ÁNGEL EN UN INFIERNO

“En nuestras manos está buscar en todo la gloria de Dios y hacer felices a los demás. Obrando así conseguiremos la más grande de las recompensas y la vida se vuelve más llevadera. Con esta intención hago uso de los bienes que recibo, enviados por mis seres queridos a nuestra reclusión, compartiéndolos con otros, porque no todos tienen la suerte de recibir algo”.

[P. Engelmar H. Unzeitig CMM/
CC Dachau, 14 de enero de 1945]

Padre nuestro, que estás en los cielos, Tú eres el sólo bueno, porque Tú eres amor. Al darnos a tu propio Hijo, vaciaste sobre nosotros el saco de tu misericordia, revelándonos así tu bondad y lo mucho que nos amas.

De tu Hijo Jesucristo hemos recibido el mandato nuevo de amarnos unos a otros. De Él también tenemos el ejemplo de cómo hacerlo, pues pasó por el mundo haciendo el bien y, antes de salir del mundo para volver a Ti, nos amó hasta el extremo. Al guardar este mandato, usando con los demás una medida generosa y amplia, no hacemos sino compartir con otros el amor que primeramente Tú has puesto en nuestros corazones. Haciendo el bien al otro, nuestro corazón se va haciendo mejor, porque se va asemejando al tuyo. Amando al hermano que vemos, vamos aclarando la pupila para contemplarte a Ti, al que no vemos. Ayudando al que camina junto a nosotros, llegaremos a Ti, con quien deseamos quedarnos para siempre.

Tu siervo Engelmar fue un hombre bueno, que de manera sencilla y sin hacer ruido, iba amando a todos los que Tú ponías en su camino. No fueron muchos los años de su vida, pero los vivió cumpliendo el mandato nuevo del amor fraterno, cuidándose mucho de que una mano conociera lo que hacía la otra. Los que le trataron hablan de la huella que en ellos dejó su caridad evangélica y reconocen que él era amor en persona, llegando incluso a reconocer que, más y mejor, ya no saben decir acerca de él.

Tu siervo Engelmar vivió los años de su prisión en Dachau como ángel en un infierno. Allí fue llevado por haber defendido en público a los judíos. Encerrado en aquel infierno, se comportó con todos como un ángel: con fraterna amabilidad daba consejos útiles y prácticos a los sacerdotes prisioneros recién llegados; con decidida caridad compartía con los que nada tenían los paquetes de comida que recibía; con eficaz solidaridad se hacía mendigo, pidiendo limosna a sus compañeros sacerdotes en el Campo para repartirla luego a los prisioneros más necesitados.

Y, viviendo aquella máxima evangélica según la cual nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos, se ofreció voluntario para atender a los prisioneros enfermos de tifus. Y así, asistiendo a los moribundos, se encaminó él mismo hacia su propia muerte. Salió de este mundo como había vivido en él: con el corazón en la mano.

Por intercesión del Beato Engelmar te pedimos, Padre Bueno, que nos ayudes a vivir el mandamiento nuevo del amor fraterno: con sencillez y audacia, con realismo e imaginación, en las cosas pequeñas y en las grandes.

Y por la intercesión de este siervo tuyo, que se comportó como un ángel en el infierno de Dachau, concédenos la gracia por la que estamos haciendo esta novena. Así sea.

DÍA QUINTO: HIJO Y HERMANO EN LA DISTANCIA

“Hoy he recibido la noticia del fallecimiento de mi querida madre. Me hubiera gustado volver a verla, una vez más, en esta vida y haber presidido su funeral. Pero Dios ha querido que estuviéramos juntos, por última vez, el día de mi primera misa y que celebremos nuestro próximo encuentro, como yo ardentemente espero, en un mundo mejor. He conseguido permiso para ofrecer mañana el Santo Sacrificio de la Misa por el descanso de mi querida madre. Será la primera vez que pueda celebrar misa aquí. Con gusto haré todo lo que esté a mi alcance, rezando y sacrificándome, para que Dios la reciba en la alegría eterna... Yo espero confiadamente que nuestro Buen Padre del cielo la lleve pronto con Él a la felicidad eterna, reservada para ella”.

[P. Engelmar H. Unzeitig CMM /
CC Dachau, 4 de marzo de 1943]

Padre nuestro, que estás en los cielos, con tu único Hijo y el Espíritu Santo formáis una comunidad de amor. Tu Hijo puso su tienda entre nosotros en el seno de una familia. Con María y José, tu Hijo Jesús formó aquella adorable y entrañable familia, que con toda razón llamamos la Sagrada Familia de Nazaret. Aquel hogar fue escuela de vida evangélica, de oración y de silencio, de vida en común y de caridad auténtica, de trabajo y laboriosidad.

Nuestras familias no dejan de peregrinar hacia aquel hogar, sabiendo que de allí nunca volverán de vacío y siempre lo harán con algo aprendido. La familia humana, que en Ti tiene su origen, está llamada a vivir la relación entre los esposos, entre padres e hijos y entre los hermanos según el Evangelio de tu Hijo. Orientadas por el Evangelio podrán nuestras familias superar las tentaciones, que le asaltan, y acometer las tareas, que le esperan, para bien de la sociedad y de la Iglesia.

Tu siervo Engelmar nació en el seno de una familia cristiana. De sus padres recibió alimento, vestido, techo, educación, pero también la fe. Pasó su infancia y juventud amando a su madre viuda y a sus hermanas. Ese amor a su familia le llevó, una vez terminados sus estudios primarios, a trabajar en la granja familiar. Por otra parte, los suyos también comprendieron que les dejara, cuando sintió la llamada a la vida religiosa, sacerdotal y misionera.

Pero fue en el confinamiento de Dachau, siendo hijo y hermano en la distancia, cuando tu siervo Engelmar dio las mayores muestras de amor y cariño hacia los que eran su familia. Sus cartas desde la prisión, llenas de delicadeza, tacto y amabilidad, testimonian este amor y cariño. En ellas les da ánimo y les dice que se encuentra bien y que no se preocupen por él; les agradece los paquetes de ropa y comida que le envían, rogándoles que no se priven ellos de todo eso por mandárselo a él.

Con el corazón dolorido, al enterarse del fallecimiento de su madre, escribe a sus hermanas con palabras de ánimo para que sobrelleven el trance con fortaleza y esperanza cristianas. El amor hacia su madre difunta se refleja en el empeño que puso en conseguir permiso para celebrar una misa por su descanso eterno y en la promesa de rezar por ella, pidiéndote a Ti lo mejor para ella: que le concedieras estar junto a Ti para siempre.

Por intercesión del Beato Engelmar te pedimos, Padre Bueno, que bendigas a nuestras familias, que las mantengas en la unidad y las protejas de todo aquello que les hace mal, para que nunca olviden el origen de su vocación y el destino de su misión.

Y por intercesión de este siervo tuyo, que desde la distancia y lejanía de su prisión en Dachau fue verdadero hijo y hermano, concédenos la gracia por la que estamos haciendo esta novena. Así sea.

DÍA SEXTO: MANSO Y SILENCIOSO

"Lo que, a veces, nos puede parecer como una desgracia se convierte con frecuencia en la más grande de las fortunas. ¡Cuántas lecciones aprende el ser humano en la escuela de la vida, gracias a la experiencia! Todo apunta a que nuestra misión va a consistir en experimentar y sentir con y para los demás la falta de paz en el mundo, ayudándoles así a conseguir la verdadera paz. Entonces no nos tiene que extrañar que Dios nos quite algo de nuestras manos, aunque nos sea muy querido y lo consideremos muy importante. Pero ¿hay algo más valioso que la felicidad de saber que Dios, fuente de la felicidad y de toda paz, se halla presente en nuestro corazón?"

[P. Engelmar H. Unzeitig CMM/
CC Dachau, 15 de diciembre de 1941]

Padre nuestro, que estás en los cielos, la historia de tu relación con los hombres está toda ella llena de gestos de tu paciencia, de pruebas de tu mansedumbre y de la elocuencia de tus silencios. Que Tú seas siempre el mismo no significa que todo te sea indiferente. Porque eres todo Corazón, nuestras buenas acciones te conmueven y alegran; porque eres todo Corazón, te quejas de nuestras indiferencias y nos preguntas por la dureza de nuestro corazón. Siempre te acercas a nosotros con mansedumbre y sin meter ruido.

Tu Hijo Jesús nos ha invitado a aprender de Él, que es manso y humilde de corazón, para que así encontremos descanso para nuestras vidas. El silencio, la paciencia, el perdón y la mansedumbre marcaron su vida y el desenlace de la misma. Los que hoy somos discípulos de tu Hijo buscamos paz y descanso, que sólo tendremos, cuando vivamos con mansedumbre y en silencio las situaciones de la vida, en que nos veamos implicados.

Tu siervo Engelmar era de natural manso y silencioso. Los informes de sus años de Seminario hablan de él como un joven sencillo y discreto, que hablaba poco y rezaba mucho.

Cuando fue llevado a Dachau –ambiente nada propicio para la mansedumbre y el silencio– tu siervo Engelmar pudo hacer de su carácter virtud. Testigos de aquellos años afirman que, por su manera de ser, de comportarse y de hablar, transmitía calma y sosiego en medio de la terrible conmoción, que cada día se vivía en el Campo, donde uno desconocía por completo lo que le iba a deparar el día, que comenzaba, o la noche, en la que entraba. Sus compañeros le elogian diciendo que era amable y que nunca perdía los papeles. Cansado y agotado por el trabajo, como todos los demás, él siempre seguía siendo el mismo hombre servicial y acogedor. Cuando otros se quejaban y sentían nostalgia o cuando a él le parecía demasiado y creía que ya no iba a poder más, manso y silencioso, levantaba la mirada hacia el cielo y continuaba.

Su talante pacífico y su silencio fueron, poco a poco, fortaleciendo la nobleza de su carácter, haciendo también que su actividad pasara desapercibida. Fue, en las últimas semanas de su vida y en los días que siguieron a su muerte, cuando sus compañeros comprendieron que habían vivido junto a un hombre bueno de verdad, que pasó por el Campo sin meter ruido y haciendo mucho bien.

Por intercesión del Beato Engelmar te pedimos, Padre Bueno, la gracia de ser mansos y silenciosos en medio de nuestras actividades y trabajos, del ruido y agitación, en que con frecuencia se tiene que desenvolver nuestra vida.

Y por la intercesión de este siervo tuyo que, en medio del trajín estresante del Campo de Concentración, mantuvo la calma, la mansedumbre y el silencio, concédenos la gracia por la que estamos haciendo esta novena. Así sea.

“Vuelve Dios a hablar en la hora presente con un lenguaje muy claro, mediante signos y portentos, asegurando que no abandona aquellos, que ponen en Él su confianza. Incluso los enemigos, así me ha lo contado Walter [su seudónimo], tienen que admitir que, cuando los fieles se encuentran en necesidad, si rezan, son escuchados. Por eso, ¡valor y confianza! Walter sería capaz de escribir un libro acerca de todo ello.”

[P. Engelmar H. Unzeitig CMM /
CC Dachau, 5 de abril de 1942]

Padre nuestro, que estás en los cielos, Tú no te has desentendido de la obra de tus manos. Conoces todas nuestras necesidades y sabes lo que nos hace falta, dándonos siempre aquello que más nos conviene. Ello nos anima a abandonarnos confiadamente en Ti.

Tu Hijo Jesucristo nos reveló que su alimento es cumplir tu voluntad. Comenzó advirtiéndome a los suyos que tenía que ocuparse de tus cosas; luego se entregó de lleno en la realización de la misión encomendada; y terminó su tarea, poniendo su espíritu en tus manos. Se sabía Hijo tuyo y te trataba y hablaba contigo como un niño lo hace con su padre. De Él hemos aprendido a descargar en Ti nuestros afanes y preocupaciones, pues Tú te interesas por nosotros; de Él hemos aprendido a buscar primero tu Reino y su justicia, sabiendo que lo demás se nos dará por añadidura; y de Él hemos aprendido a rezar para que se haga tu voluntad y a trabajar, a fin de cumplirla nosotros.

Tu siervo Engelmar aprendió desde niño a abandonar en Ti cuidados y preocupaciones. Del hogar familiar salió con la convicción que tu gobierno sobre el mundo no está carente de sentido y de amor. Sabía que el mundo no se te había ido de las manos y que su vida estaba en tus manos. Sabía que Tú lo diriges todo con sabiduría, aunque -como más tarde escribiría- no siempre conocemos de inmediato la bondad que se oculta en cada cosa que nos ocurre.

Y sobre estas convicciones apoyó su vida, cuando le llegó el apresamiento y su reclusión en el Campo de Concentración de Dachau. Se le manifestó tu voluntad de manera muy diferente a como él se la hubiera podido imaginar. Abandonado en las manos del Padre, abandonado a tu querer, tu siervo Engelmar vivió los casi cuatro años de su cautiverio, rodeado de miseria y crueldad, sin jamás perder la confianza en tu bondad y en tu justicia.

Cuando, en aquel contexto de miseria, muerte, odio y brutalidad, escribe en sus cartas que vivía seguro en tus manos, lo hace como verdadero creyente. Y si, habiendo experimentado la debilidad humana y la depravación inhumana, se abandona en tus manos, no es por ello un conformista. Es capaz de hacerlo con el coraje que sólo puede nacer de tu gracia. Vivió tan unido a tu Hijo que terminó su vida como Él: encomendándola a Ti. Nadie se la arrebató: con libertad soberana la entregó por sus hermanos y en tus manos de Padre la depositó.

Por intercesión del Beato Engelmar te pedimos, Padre Bueno, la gracia de cumplir tu voluntad, de confiar siempre en tu cuidado providente sobre nosotros y sobre nuestras cosas, de abandonar en tus manos todos nuestros afanes e inquietudes, ya que lo que Tú nos das es siempre lo mejor.

Y por intercesión de este siervo tuyo, que en Dachau puso en Ti su causa y no se sintió defraudado, concédenos la gracia por la que estamos haciendo esta novena. Así sea.

DÍA OCTAVO: CARGÓ CON SU CRUZ

“Así como Cristo alcanzó la gloria por medio del sufrimiento y de la cruz, así también nosotros; al igual que Él se ofreció por nosotros, así también nosotros, por los sufrimientos presentes, podemos ayudar para que sean muchos los que alcancen la felicidad eterna.”

*[P. Engelmar H. Unzeitig CMM/
CC Dachau, 5 de Abril de 1942]*

Padre nuestro, que estás en los cielos, de tus manos salió este mundo como un paraíso ordenado y bello. Un enemigo, a la par envidioso y mentiroso, tentó al hombre y éste pecó, introduciendo en el mundo caos, dolor y muerte.

A este valle dolorido enviaste, Padre Bueno, a tu propio Hijo para que enjugara todas las lágrimas que en él se derraman; para que perdonara el pecado, que causa tanto dolor y sufrimiento; para que venciera la muerte y así liberara a todos los que, por miedo a la misma, pasaban la vida como esclavos. El sufrimiento sigue siendo un misterio, pero a nosotros nos basta saber que tu Hijo lo tomó sobre sí y, de esta manera, nos redimió. Algo grande tienes pensado sobre el dolor y el sufrimiento, si tanto bien nos ha venido con la pasión y muerte de tu único Hijo. A los discípulos de tu Hijo se nos recuerda que seguir al Maestro implica cargar la propia cruz. La Santa Cruz se ha convertido así en señal de Cristo y del cristiano.

Tu siervo Engelmar empezó a acudir a la escuela de la Cruz, cuando todavía era un niño, y en ella aprendió lo necesario para ser amigo y discípulo del Crucificado. Cargó con su cruz al aceptar la muerte de su joven padre, víctima de la Primera Guerra Mundial; con ella siguió, al comprobar las limitaciones económicas de su hogar y al asumir los avatares, en que se vio envuelto su pueblo con el cambio de fronteras; la siguió cargando, al dejar a los suyos para ir al Seminario y allí asumir la disciplina, que conlleva toda formación sacerdotal.

Viviendo así, se encontró entrenado, cuando la cruz se volvió pesada sobremanera en su prisión en Dachau, aceptando la humillación de su detención, su reclusión indefinida, la pérdida de todos sus derechos, la identificación por un simple número. Y esto era sólo un anticipo de la copa de sufrimiento que, en dosis mayores, iría bebiendo como ciudadano de aquella ciudad de muerte: hacinamiento, trabajos forzados e inhumanos, agotamiento, hambre, gritos y caprichos de los guardias, amenazas, humillaciones por su condición de sacerdote, miedo, terror.

Se ofreció a tu Hijo para que siguiera sufriendo en él por la salvación del mundo, con la seguridad que la última palabra la tendrías Tú y que, al final, triunfaría tu gracia. Y a la cruz se abrazó con fuerza, por última vez, al aceptar la enfermedad, de la que se contagió por atender a los enfermos de tífus en el Campo. Salió de este mundo con la cruz a la espalda.

Por intercesión del Beato Engelmar te pedimos, Padre Bueno, la gracia de ser verdaderos discípulos de tu Hijo, dispuestos a seguirle tomando cada día y con mucho amor la cruz, que nos has preparado, aceptando su misterio y su gloria y ofreciéndola por causas nobles y buenas.

Y por intercesión de este siervo tuyo, que arrimó el hombro a la cruz que le habías preparado en Dachau, concédenos la gracia por la que estamos haciendo esta novena. Así sea.

“¡Qué dulce resulta todo cuando uno lo hace por agradar a otro! A uno le faltan palabras para expresar lo bueno y agradable que es servir a Dios, dándole gracias por cada cosa, sea alegre o dolorosa. ¡Qué fácil resulta todo cuando una obra buscando ofrecer consuelo y ayuda a los otros en su necesidad! El desconcierto surge cuando uno experimenta su propia miseria e indignidad; pero yo confío plenamente en que Dios es feliz, aunque solo sea viendo mi buena voluntad”.

*[P. Engelmar H. Unzeitig CMM /
CC Dachau, 4 de julio de 1943]*

Padre nuestro, que estás en los cielos, la creación y la historia de los hombres van caminando hacia Ti y en Ti terminarán. Tú eres su sentido y finalidad.

Gracias a tu Hijo has llenado de alegría y esperanza la vida de los hombres. Saber que tu Hijo Resucitado tiene ahora cubiertas de gloria sus heridas nos garantiza que su suerte será la nuestra, porque a Él hemos sido incorporados, viniendo a ser miembros suyos. En tu Hijo Jesucristo descansa la razón más profunda de nuestra alegría y de nuestra esperanza. Si de nosotros dependieran: de lo que tenemos, valemos, podemos o sabemos, serían bien débiles y quebradizas. Pero como dependen de Él, mantenemos la alegría en el corazón y esperamos contra toda esperanza, pues será Él quien, al final, dirá la última palabra y, con gesto amoroso de madre, enjugará las lágrimas de nuestros ojos y nos recibirá en aquella casa, donde tienes preparada una morada para cada uno de nosotros.

Tu siervo Engelmar vivió desde niño la alegría y la esperanza cristianas. Al ver las dificultades de su familia o al sentir la fatiga del trabajo y del estudio, fue creciendo en él la certeza que detrás de todo estabas Tú, pues -como dejó escrito- "llegará un tiempo, en que uno comprenderá que todo fue una bendición".

A los prisioneros en Dachau no les faltaban motivos para entristecerse y desesperarse. Tu siervo Engelmar, allí prisionero, vivió alegre en la esperanza, porque la última palabra sobre aquel sinsentido la tendrías únicamente Tú.

Los prisioneros recuerdan su rostro, marcado por una serena alegría, y su talante esperanzador. Afirman que todo lo enfocaba en positivo y que nunca tiró la toalla ni abandonó la carrera. Por ello, sus compañeros entendieron su ofrecimiento voluntario para atender a los enfermos de tifus, porque -decían- eso era exactamente lo que le cuadraba. Aquel trabajo multiplicó sus fuerzas, dinamizó su esperanza y hasta en el semblante se le veía la alegría de poder ser sacerdote con aquellos moribundos. Su alegría y su esperanza eran tales que parecía Te veía detrás de todo lo que pasaba y que ya tocaba con sus manos el cielo. Las carcajadas del Diablo en aquel infierno de Dachau, fuertes como eran, no pudieron acallar ni ahogar la sonrisa del P. Engelmar, reflejada en su semblante. Por ello, aunque en el Campo se movía de puntillas, dejó una profunda huella.

Por intercesión del Beato Engelmar te pedimos, Padre Bueno, la gracia de ver, juzgar y actuar, movidos siempre con criterios de fe; confiando en que nada nos separará de tu amor y creyendo que nunca nos faltarás Tú, razón última de nuestra alegría y esperanza.

Y por intercesión de este siervo tuyo, que vivió esperanzado y alegre en la desolación de Dachau, concédenos la gracia por la que estamos haciendo esta novena. Así sea.



FOTO: ESTUDIO FOTOGRÁFICO ANGULAR [España]

“Quiera Dios concedernos que sean cada vez más los que, en medio de este tiempo tan turbulento, encuentren el camino de la verdadera felicidad”.

Beato Engelmar

[Carta desde el CC Dachau, 4 de abril de 1943]